

THE HORUS HERESY®

Guy Haley

PHAROS

El ocaso de la luz



timunmas

THE HORUS HERESY®

PHAROS

Guy Haley

timun**mas**

Título original: *Pharos*

Traducción: Traducciones Imposibles, 2018

Pharos © Copyright Games Workshop Limited 2017.

Pharos, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40.000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2015 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0564-4

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B. 13.474-2018

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Deshonor La prueba Secretos y mentiras

Oberdeii estaba en peligro.

El servidor de combate entró en la jaula de entrenamiento poco a poco, rígido y con gesto estúpido, hasta que la puerta cayó y se cerró ruidosamente tras él, con lo que activó los protocolos de combate. Aquella situación no tenía nada de estúpida. Una inteligencia psicótica y rudimentaria le brilló en los ojos. De la boca le cayó una cortina de saliva, como efecto secundario de las drogas de combate que bombeaba el aparato de latón que llevaba incrustado en la espalda y le rodeaba el cuerpo. La mitad del cráneo había sido reemplazado por acero. La poca piel que le quedaba tenía un tono gris cadavérico, y estaba arrugada e hinchada alrededor de los implantes. Habían reemplazado una de sus manos por una hoja circular motorizada, mientras que el otro brazo había sido cercenado a la altura del codo y, en su lugar, habían injertado una espada de filo irregular. Le habían aumentado los músculos con agentes de crecimiento hasta alcanzar un tamaño grotesco, y las piernas poseían mucha más fuerza gracias a unos soportes con pistones.

El servidor llevaba la misma armadura pesada y recauchutada que todos los servidores que Oberdeii había visto en su vida, y cuando lo había activado para aquella sesión había adquirido un aspecto un tanto diferente del de sus pacíficos iguales, aquellos que limpiaban, cocinaban y servían a la XIII Legión sin poner reparos.

Pero ya no. La energía eléctrica que le recorría el cuerpo reconstruido reveló su verdadera naturaleza: un hombre máquina sanguinario programado para hacer todo lo posible por matar a su oponente.

Por un momento el neófito consideró que podía haber cometido un error. Entonces, la sierra del servidor cobró vida, cargó contra él tambaleándose de un lado para otro, y Oberdeii no dispuso de más tiempo para dudar.

Oberdeii luchó con un simple gladio de acero que había cogido de la armería de la sala de entrenamiento. Todavía no tenía derecho a poseer el suyo propio, y probablemente nunca lo fuese a tener. Al principio le resultó extraño, pero el peso de aquella espada de hoja corta se volvió profundamente familiar para él. Le encajaba en la palma de la mano a la perfección, se sentía bien con ella. Ahora, aquella sensación le provocó náuseas. Nunca iba a ir acompañado de aquel acero que se había esforzado tantísimo por ganar. La espada de entrenamiento era la promesa truncada de un futuro que nunca llegaría a ver.

A solo unos meses del final de su entrenamiento, Oberdeii había sido mancillado, y, por tanto, ya no era digno de la legión.

El servidor levantó la pesada sierra circular por encima de su cabeza a medida que iba acercándose. Oberdeii le gritó en la cara, dándole voz a su rabia y su vergüenza. Asegurando la hoja del gladio en la mano izquierda, bloqueó la sierra con el filo de su arma. Una lluvia de chispas proveniente del metal le cayó sobre la piel desnuda entre chirridos. Él recibió con gusto aquel dolor. La sensación de muerte inminente agudizó sus reflejos inexpertos. Si iba a fracasar, al menos se sentiría como un legionario por una vez en su vida.

El servidor era tremendamente fuerte. Los músculos de Oberdeii protestaron ante la presión que depositaba en la hoja, pero aun así aguantaron. El servidor lanzó un gruñido y le echó su aliento aséptico en la cara.

Oberdeii aprovechó el ataque del servidor, utilizó sus movimientos en su contra para arrojar su enorme masa hacia un lado y se maravilló ante su propia fuerza. Todavía le sorprendía sobremanera el poder que le había sido concedido. No hacía mucho tenía los músculos enjutos de cualquier joven, pero ahora sus brazos eran fuertes y poderosos. Durante los últimos dos años, las sustancias bioquímicas sintéticas habían activado su metabolismo de un modo brutal. Los órganos complementarios moderaron cada aspecto de su fisiología. Cuando finalizaron su trabajo, condujeron hacia la perfección los sistemas de la naturaleza fallidos, creados de manera aleatoria. Lo que había tardado millones de años en evolucionar hacia un estado torpe e inacabado, el Emperador lo había perfeccionado en pocas décadas.

Faltaban cuatro meses para la evaluación final de Oberdeii, y su crecimiento no había alcanzado su plenitud. Aún sentía cierto dolor en la garganta tras la última ronda de implantes. Todavía debía adquirir la altura completa y el cien por cien de la fuerza. El hombre máquina contra el que luchaba era una de las herramientas de entrenamiento más potentes de la armería. Había sido creado para poner a prueba y llevar al límite a un hermano de batalla íntegro, y, según reflexionaba Oberdeii enfadado, él todavía no era un legionario.

Unos rugidos salvajes resonaron a través de la unidad de transmisión que llevaba implantada el servidor de combate sobre el pecho. Se movía con una soltura que contrastaba con su fealdad de un modo ridículo. Convirtiendo su tambaleo en un ataque devastador, giró el cuerpo entero con los brazos completamente extendidos, que atravesaron el aire con la espada reluciente en alto dirigida hacia el abdomen de Oberdeii. El chico echó la barriga hacia atrás. La punta del arma le rozó el estómago y le hizo un arañazo superficial. La máquina se dio la vuelta y lanzó un ataque horizontal con la sierra circular que rechinaba. Oberdeii apenas pudo responder a tiempo. Esquivó el golpe con torpeza, y la espada vibró en su mano con tanta fuerza que se le adormecieron los dedos. Modificó el agarre del arma mientras se echaba hacia atrás.

Casi podía oír al sargento Arkus diciéndole: «¡La coges con demasiada fuerza, chico!». «Negligente», se regañó a sí mismo. «Indigno».

La máquina lo rodeó. Oberdeii se puso tenso cuando se abalanzó sobre él de nuevo —con los pistones silbando y sus botas pesadas estampándose contra el suelo metálico de la jaula— para golpearle en el pecho con aquel cráneo reforzado, lo que provocó que los pulmones del explorador se vaciasen y su cuerpo chocase con brusquedad contra las barras que formaban la pared de la jaula. La estructura vibró debido al impacto. El ciborg obligó a Oberdeii con su antebrazo a bajar y echar hacia atrás la mano con la que sostenía el arma. Los clavos de metal que aseguraban la prótesis a los huesos se hundieron en la muñeca del joven y le provocaron un dolor punzante. Estampó el brazo de Oberdeii contra las barras en dos ocasiones, hasta que la espada cayó de sus dedos traicioneros. Colocó el antebrazo carnoso sobre su garganta mientras la sierra allí ensamblada giraba con violencia junto al oído izquierdo de Oberdeii, lo que generaba un ruido ensordecedor. La hoja se hundió en su mejilla, y los salpicó a los dos de sangre. Oberdeii se alejó de ella con un movimiento rápido. El servidor podría haberle cortado la cabeza en aquel preciso momento. En lugar de eso, presionó con fuerza la tráquea del explorador con la intención de asfixiarlo.

A Oberdeii le faltaba el aliento. Sintió cómo su endeble hueso hioides se doblaba bajo la presión. Los ojos del servidor brillaron con ferocidad. No había ni una pizca de humanidad en ellos, pues solo era un odio nacido de una máquina y tenía la necesidad de matar.

Oberdeii iba a morir, y lo aceptó de buena gana.

No podía conservar sus sueños, ya no. La oscuridad se aproximaba. Había oído los susurros que sonaban bajo el monte Pharos, y desde entonces le había acompañado el temor a un peligro tan inmenso y monstruoso que eclipsaba toda esperanza en su alma, pues no podía hacer nada por evitarlo.

Saber aquello lo oprimía, y le quitaba el sueño.

Estuvo seis semanas recuperándose en el apotecarion. Cuando apagaban las luces, permanecía allí tumbado con los ojos cerrados, y pasaba sus noches en un aparente sueño febril que lo llevaba de vuelta a la oscuridad de la montaña y a las verdades terribles que allí habitaban. Cuando despertaba, si es que se le podía llamar a aquello despertar, comenzaba su ciclo diurno habitual con el mismo presentimiento.

El miedo y el saber eran la razón por la que fracasaba. El terror era la razón por la que había acudido a la sala de entrenamiento a altas horas de la noche.

Se le cerró la garganta. Su fisiología se puso en marcha a toda velocidad para ahorrar oxígeno. El servidor gruñó debido a su furia programada. Las venas de Oberdeii se hincharon y se le enrojeció el rostro. Sus ojos parecían estar a punto de explotar.

Desesperado, le escupió en la cara al servidor.

Fue un esputo pobre —con la garganta constreñida no pudo exprimir la glándula de Betcher de manera efectiva, ni tampoco propulsar el veneno que esta producía—, así que el ácido se desparramó sobre la cara del servidor en una nube dispersa.

El servidor se echó atrás, cegado. Oberdeii se lanzó a un lado mientras este se recuperaba y agitaba la hoja de la sierra justo donde había estado su cabeza. El augmético de combate chocó contra las barras de la jaula con tal fuerza que atravesó el metal con un chillido espantoso.

Cuando su presa lo esquivó, el servidor se detuvo. Oberdeii se quedó paralizado, con los ojos fijos en la espada que había dejado caer. El servidor inclinó la cabeza hacia un lado, buscando al chico, sin ser consciente del ácido que le quemaba la cara. Oberdeii sofocó su deseo de tomar grandes bocanadas de aire para reabastecer sus pulmones vacíos por si el servidor lo oía. Aguantar el aliento después de que lo asfixiase

era un suplicio. Ante sus ojos vio varias manchas arremolinándose. Tendría que haber inflado sus multipulmones antes de entrar en aquel recinto. Le habría proporcionado oxígeno durante algunos minutos más. Se maldijo por no haber pensado en aprovechar sus nuevas habilidades al máximo.

Se quedó inmóvil mientras el hombre máquina daba una vuelta en semicírculo. Su espada yacía sobre el suelo en el lado opuesto de la criatura.

Solo había una única posibilidad, y Oberdeii no perdió el tiempo pensándose. Soltó un grito en el que volcó toda su frustración. El servidor identificó su posición al instante. Oberdeii rodó cuando la sierra se incrustó en el suelo, se clavó en las placas metálicas y arrastró al servidor tras ella. Alejándose a toda velocidad de su oponente, Oberdeii recogió el gladio y corrió de un lado para otro mientras golpeaba las barras con la punta del arma para hacerlas sonar. El servidor se guió por el ruido. Oberdeii se paró y la máquina se lanzó de un salto. Esquivó una estocada, agarró el brazo del arma del servidor y lo sacó entre las barras, enganándole el codo firmemente en una riostra. Le atravesó el codo y, luego, le hizo pedazos las piernas a base de puñaladas.

Fue un golpe poco elegante, pero cumplió con la función deseada. Unos líquidos hidráulicos brotaron de los cables cortados de los calibradores. La pierna izquierda cedió. Oberdeii se alejó mientras el servidor agitaba la jaula para sacar su brazo paralizado. El explorador acuchilló el cable de acero del tobillo, que formaba el tendón de la máquina, y luego retrocedió de un salto mientras el servidor lograba sacar de un tirón su brazo destrozado y se dirigía hacia él. Un segundo de euforia se convirtió en consternación cuando su pie se dobló bajo su cuerpo y cayó de espaldas.

El servidor dio un paso, apoyó la pierna dañada y cayó directamente sobre el chico.

Oberdeii levantó la punta de su espada justo a tiempo. El peso del servidor obligó al arma a hundirse en su cuerpo denso y metálico. La espada se encontraba en un ángulo complicado, y eso obligó a Oberdeii a torcer la muñeca. Ignoró el dolor y removió el acero por las vísceras del servidor. La máquina emitió un resuello mecánico muy agudo. Los dientes castañetearon con violencia, sacudió todo el cuerpo sobre el joven con una fuerza lacerante y, entonces, se desplomó sin vida.

La sierra circular siguió girando unos segundos más, y luego se paró.

Oberdeii probó a girar su espada. No hubo respuesta. Las luces que indicaban el funcionamiento del servidor estaban apagadas.

—Entonces estás muerto —dijo, y dejó que su cabeza se topase con las placas de la cubierta.

Permaneció tumbado bajo la máquina mientras sus corazones se sosegaban. Durante unos minutos se perdió entre aquellos extraños latidos dobles. De todas las modificaciones que le habían realizado, la alteración del ritmo fundamental de su cuerpo fue a la que más le costó acostumbrarse.

Se quitó de encima al ciborg y se puso en pie.

Echó un vistazo a aquel cuerpo destrozado que chorreaba sangre y aceite en igual medida. Fuese cual fuese el crimen que había cometido en vida aquel servidor para merecer aquel destino, para Oberdeii iba a seguir siendo una incógnita por siempre. Supuso que así ya había cumplido su deber completamente. Su mano fue la que le concedió el golpe de gracia. Sintió un escalofrío de repugnancia. Si lo juzgasen a él y lo declarasen culpable, probablemente se habría encontrado en una situación similar, pues pocas funciones apropiadas había para los aspirantes que fracasaban. El brazo se agitó con violencia cuando lo levantó para enjugarse el sudor que le cubría la frente. Hacía tiempo que venía experimentando temblores leves cuando se encontraba bajo presión extrema. Los implantes no estaban del todo integrados bioquímicamente en su cuerpo. El apotecario Taricus le aseguró que se le pasarían.

Un ruido ahogado brotó de la garganta de Oberdeii, como si se estuviese ahogando.

No se le iba a pasar. El proceso no iba a terminar. Nunca llegaría a ser un Ultramarine. Había sido mancillado por el contacto de la máquina de la montaña. El gladio se deslizó entre sus manos. Sintió náuseas, volvió a experimentar la misma conmoción una vez más. Daba igual cuántas veces pensase en aquello, el dolor nunca disminuía.

Oberdeii sintió pena por el hombre que nunca iba a llegar a ser.

Una tos discreta le hizo volverse. Se secó las mejillas a toda prisa.

—Buenos días, neófito Oberdeii. —El sargento Arkus, el líder de su escuadra y su mentor, estaba apoyado contra la pared junto a la puerta de la armería, en el lado opuesto de la sala de entrenamiento, con una expresión impenetrable en el rostro hosco—. ¿No me vas a decir por qué no estás durmiendo en los barracones? Taricus te soltó ayer y ya te estás exigiendo demasiado.

—¡Sargento!

—Sí, exacto. Soy tu sargento. Y como tal, te he hecho una pregunta. Tú, como neófito, estás obligado a responderla, pero no te oigo decir nada.

—Yo... no podía dormir, sargento.

—Y ¿lo primero que se te ocurre es venir aquí e intentar suicidarte? Es un remedio extremo para curar el insomnio.

Oberdeii bajó la mirada hacia el servidor muerto.

—Intento mejorar por la Legión.

Arkus se apartó de la pared con un pequeño empujón y se acercó a la jaula.

—Ah, ahora todo tiene sentido.

—Sí, sargento. —Oberdeii levantó la vista y miró a su profesor. Arkus era medio metro más alto que el explorador—. ¿Cuánto tiempo llevas mirando?

—El suficiente para que ese bloqueo tan espantoso me alarmase. Levanta el arma.

Oberdeii se agachó para coger la espada y adoptó la postura adecuada para un combate sin armadura. Apretó los dientes al sentir el dolor de la muñeca.

Arkus sacudió la cabeza, desconsolado.

—Así no. Así. —La mano gigantesca de Arkus envolvió la de Oberdeii y la giró. Oberdeii ahogó un grito cuando sintió una punzada de dolor en el músculo desgarrado de la muñeca—. Mantén la guardia inclinada, con el filo de la hoja hacia fuera, en dirección al golpe. ¡Si luchas así, un buen guerrero te cortará el brazo a la altura del codo tan pronto como le apuntes con esa cosa!

—Sí, sargento. Lo siento.

—Aunque —prosiguió Arkus— lo has matado.

Empujó el ciborg muerto con la punta del pie. Arkus vestía un quitón sin mangas y unos pantalones anchos, el atuendo propio de un granjero o un artesano. Se suponía que aquellos ropajes sencillos debían fomentar la unidad con la gente que les habían ordenado proteger. Nadie podría haber confundido a Arkus con un hombre normal; medía dos metros diez, era corpulento y tenía la piel cubierta con puertos de interfaz blindados.

—Gracias, sargento.

—No era un cumplido, chico. Si hubiesen desactivado sus circuitos de dolor, ahora estarías muerto. Estos modelos de combate no sienten mucho, pero si no hubiese sentido nada en absoluto el combate no habría terminado a tu favor.

Oberdeii se encogió de hombros.

—No sé cómo desactivarlos.

—Hay una razón por la que no os lo enseñamos todo de golpe, chico. —Arkus miró la unidad de combate destrozada—. Ese era un servidor de clase Theta. No estás autorizado para enfrentarte a ellos. Por lo visto te hemos enseñado demasiadas cosas.

Oberdeii abrió la boca para hablar, pero Arkus lo hizo callar.

—No quiero saber cómo has conseguido los códigos de activación. Has hecho bien en vencerlo. No sé si amonestarte o felicitarte. —Enganchó los dedos en el cinturón ancho que llevaba puesto. El emblema de la legión de Ultima brilló en la hebilla.

Oberdeii miró a su superior con expectación. Amonestarlo, debía amonestarlo. Arkus había sido demasiado indulgente con él desde el incidente de la montaña.

La boca de Arkus se convirtió en una fina línea pensativa.

—El adepto Criolus no estará muy contento contigo, pero... ha sido impresionante. Muy impresionante. La próxima vez ponte la armadura de combate.

Arkus sonrió con tristeza.

—Ha llegado el momento, ¿no? —preguntó Oberdeii, nervioso.

Arkus asintió con la cabeza y su sonrisa se desvaneció.

—Sí, Oberdeii. Ha llegado el momento. El bibliotecario ha terminado con los demás.

Se frotó la cabeza con gesto dubitativo. Arkus, junto con todos los que habían pasado largos períodos de tiempo cerca de la montaña, también había experimentado aquellos sueños, pero nadie más había sufrido unas visiones tan potentes y aterradoras como las que tuvo Oberdeii cuando se perdió en el laberinto. Y ese era el problema.

—Quería verte a ti en último lugar. Tienes que venir conmigo.

El explorador lanzó un vistazo titubeante al cadáver de la máquina mientras se marchaban. No pudo quitarse de encima la sensación de que aquella iba a ser la última vez que le iban a dejar entrar en la cámara de entrenamiento.